

Significado de la obra de Freud

POR EL DOCTOR
HONORIO F. DELGADO

Es difícil poder apreciar hasta dónde alcanza hoy por hoy la influencia de los descubrimientos de FREUD y de la mentalidad por ellos plasmada, y, más aun, qué proyecciones pueda tener en el futuro. Empero, es legítimo asegurar que ninguna adquisición de la ciencia contemporánea está llamada a jugar un papel más importante en la cultura que la correspondiente al Psicoanálisis, ya que, al mismo tiempo, encarna una nueva esfera del saber y un nuevo medio de conocimiento, siendo aquélla del dominio más importante de la naturaleza humana: el alma.

Aquí no intentamos hacer un repertorio de todas las adquisiciones logradas por el genio de FREUD, ni mucho menos de las transformaciones suscitadas en los distintos sectores de la ciencia y de la cultura gracias a dichas aportaciones. Sólo intentamos expresar sumariamente nuestra convicción acerca del significado general de la influencia que ha ejercido en el pensamiento médico, en la psiquiatría, en la psicología y en las disciplinas culturales.

Los grandes descubrimientos científicos y los consiguientes medios técnicos acumulados en los últimos ciento cincuenta años, habían plasmado una mentalidad acabadamente mecanicista, compartida por la inmensa mayoría de los médicos de fines del siglo pasado, cuando comenzara FREUD su producción. Entonces las ideas de la ciencia habían casi reemplazado en el espíritu del gran número de sus cultores la escala íntegra de los valores, y sus teorías eran sostenidas con toda la fe con que en la Edad Media se abrazaba los dogmas de la Iglesia. Y por ideas científicas, y aun por conceptos de la razón en general, se entendía entonces las ficciones

estrechamente materialistas de un determinismo en absoluto concerniente a los procesos físico-químicos, con cuyo criterio sesquipedal exclusivista se pretendía incluso «explicar» las acciones más sutiles del ser humano.

El organismo se encaraba apenas más que como un armazón de piezas mecánicas; las funciones, como series de reacciones, que el progreso de la eficiencia de laboratorio, con el tiempo, habría de permitir su reproducción integral «in vitro»; la enfermedad, como banal producto anatómico pasivo de la pululación de microbios, si no constatados ya, por descubrir cuando se lograra una mayor potencia de los microscopios. El interés clínico tradicional se sustituía por la investigación anatómica del cadáver; la influencia personal del médico se trocaba en amor al conejo de prueba. Resultaba arcaico tomar en cuenta al paciente como un todo dinámico. La ciencia imponía la división del trabajo, la especialización rigurosa; las ideas generales se repudiaban como reliquias de una era de sueños metafísicos. No se comprendía la primacía del todo sobre las partes. El alma del paciente se había convertido en un mito: lo real estaba constituido por las lesiones anatómicas, las bacterias, las aglutininas, precipitinas, antitoxinas, etc. Los procesos mentales no se tomaban en cuenta: ¿acaso en la platina del microscopio se veía más que células al examinar el cerebro? ¿Pero las ideas, los afectos, los instintos? ¡Ineficaces fosforecencias, baldíos epifenómenos! Lo único científico era por entonces la fuerza y la materia. En esos tiempos se comenzó a torcer brutalmente el significado de la máxima de JUVENAL: «Mens sana in corpore sano», como si implicara que la salud del alma es simple y fatal consecuencia de la salud del cuerpo.

Gracias particularmente a FREUD, los médicos principiaron a pensar en los procesos psicológicos como efectivamente existentes y dignos de consideración. La actitud de otra, pedestre y unilateral, adherida al soma, tiende ya a rectificarse, aceptándose el fenomenismo psíquico como realidad operante en la enfermedad, tanto en su patogenia como en la cura. Acéptase, asimismo, cada vez más un criterio psicogénico en patología y tiende a generalizarse el saludable modo de comprender al hombre enfermo como una unidad psicofísica. Y hasta se impone el apotegma: «nemo medicus, nisi psychologus». A pesar de que FREUD es determinista al considerar los fenómenos psicológicos, el interés por él despertado sobre los impulsos y tendencias de orden mental, ha teni-

do la virtud de contribuir poderosamente a iniciar el cambio de orientación del pensamiento médico, en el sentido de que se tiende a reputar los actos vitales del organismo en general, no meramente como producidos por fenómenos gobernados por las leyes naturales que formula la ciencia, si que también como actualización de un principio creador, de una potencia teleológica. Así se vuelve, cada día más definitivamente, a la clásica visión hipocrática, vitalista, integralista, intuitiva. Y también, por la misma influencia, se avalúa la relación afectiva del médico con el paciente. FREUD suscribiría la afirmación del gran PARACELSO: «Der hoechste Grund der Arznei ist die Liebe... die Liebe ist es, die die Kunst lehrt und ausser derselbigen wird kein Arzt geboren»—el más alto fundamento de la medicina es el amor... el amor es quien enseña el arte, y fuera del cual no hay médico.

En psiquiatría, a pesar del profundo sentido psicológico expresado nítidamente por PINEL y otros eminentes alienistas de primera hora, el criterio materialista había sistematizado una psiquiatría agnosticista, escéptica, no psicológica. A FREUD, fundamentalmente, se debe una revolución total: sus aportaciones y las de sus discípulos constituyen un sistema completo de psiquiatría psicológica, que si con el tiempo ha de sufrir modificaciones, en todo caso, el punto de vista «psicomáquico» (en el sentido de PRUDENCIO) introducido, permanecerá como base duradera, cualesquiera que sean las ulteriores superestructuras de la psicopatología (1).

El estado de la psicología antes del advenimiento del Psicoanálisis, era de una mezquindad conmovedora. Más psicólogos resultaban los moralistas, los pensadores, los literatos, que los propios cultores de la psicología, que pensaban hacerla científica con ponerla en el lecho de PROCUSTO de la fisiología de los sentidos o de teorías de lamentable esterilidad. El estudio de los estados de conciencia, que, sin duda, constituía un progreso apreciable, era igualmente mutilatorio. Hubo, es verdad, antes de FREUD, algunos intentos significativos, pero es a su obra que se debe el amplio retorno al profundo y vasto cauce propio de la psicología. Siendo los descubrimientos de FREUD los más grandes que se haya realizado en el campo de esta disciplina, con ellos el criterio de «psiquis» volvió a tener la plenitud de significación

(1) Vide DELGADO: «La Psiquiatría psicológica» («Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas»; enero 1919, pp. 146-165). «Psychological Psychiatry» («The Psychoanalytic Review»; July 1920, pp. 257-277.)

con que la iniciara ARISTÓTELES. Para éste, en efecto, lo psíquico no es limitado, como lo era para los psicólogos modernos, cuya esfera de estudio estaba constituida sólo por la conciencia, sino que abarca íntegramente la función de toda la personalidad. «El alma—dice categóricamente ARISTÓTELES—es la primera entelequia de un cuerpo orgánico natural»: aquélla es a éste lo que la vista es al ojo. El cuerpo, como el ojo, es el instrumento, el alma, como la vista, es la función, el fin. Agreguemos, de paso, que ARISTÓTELES es precursor de FREUD en otro aspecto de suma importancia: El gran estagirita, que admiraba «Edipo Rey» de SÓFOCLES por encima de todas las tragedias, había comprendido el valor catártico de tales espectáculos. La tragedia, gracias a la representación impresionante de las calamidades de sus héroes, «por el vehículo del temor y la piedad—dice—, purga nuestras mentes de aquellas y similares emociones».

Varias ramas especiales de la psicología se han renovado con las luces debidas al genio de FREUD. Especialmente la Etnología, ha entrado en una nueva era, en la que las instituciones, costumbres, creencias, mitos, ritos, etc., como sucediera con los síntomas de los neurópatas, recién comienzan a hacerse inteligibles: pasan del reino del caos al del sentido. Sólo después de «Totem und Tabu» se puede hablar con justicia de la psicología étnica como disciplina efectiva y fecunda. En pedagogía, sólo por el conocimiento del alma infantil, en su verdadero dinamismo vital, logrado por el psicoanálisis, ha sido posible hablar seriamente de una revolución copernicana: el paso del escoliocentrismo al paído- y hebecentrismo. Y así tendríamos que tratar de la criminología, de la sociología, de la historia, de la hermenéutica artística y literaria, etc. (1)

En síntesis, la gran labor de FREUD en el proceso histórico de la cultura, tiene todo el significado de una muy grande y gloriosa hazaña intelectual—«maximum et pulcherrimum facinus!» Con ella se cumple la profecía de NIETZSCHE: «Denn Psychologie ist nunmehr wieder der Weg zu den Grundproblemen.»

(1) Para esto, vide DELGADO: «El psicoanálisis en sus aplicaciones extrapsiquiátricas» («Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas»; octubre 1918, pp. 78-111) y nuestro reciente libro sobre la personalidad y la obra del maestro: «Sigmund FREUD»; Lima, 1926.